

de mi Algebra y los cabellos de Nikolai. Acerquéme á la ventana, y sentándome en ella, me incliné hacia el jardín y me puse á soñar.

Un nuevo sentimiento, extraordinariamente poderoso y agradable, penetró súbitamente en mi alma. La tierra húmeda, en que se veían á un lado y á otro yerbas amarillas con las puntas verdes; los arroyuelos, brillando bajo el sol, arrastraban pedacitos de tierra y pequeñas porciones de leña; las ramas y los botones tupidos de las liláceas se balanceaban casi sobre las ventanas; los murmullos azorados de los pajaritos que se agitaban dentro del zarzal; el muro de contorno negro, húmedo de nieve derretida, y principalmente el aire húmedo y perfumado y el sol espléndido, me inspiraban claramente ideas nuevas y buenas que no sabría explicar tal cómo se me revelaban, pero que yo trataré de expresar diciendo que todo esto me hablaba de la belleza, de la dicha, de la virtud, y me las mostraba como cosa fácil de alcanzar, posible para mí, no insuperable, y cómo formando las tres no más que una sola y misma cosa.

«Cómo no he sabido comprender cuando he sido malo hasta el presente, y cómo podré ser bueno y feliz en adelante?» me dije. —«Es preciso inmediatamente procurar ser otro hombre y empezar á vivir de diferente manera». Sin embargo, á pesar de esto me quedé algún tiempo más junto á la ventana, pensando y sin hacer nada. Alguna vez, os habrá ocurrido en verano, en tiempo sombrío y lluvioso, ir á dormir durante el día y despertar al ponerse el sol, abrir los ojos y en el marco agrandado de la ventana, tras la cortina de tela que ondula al viento, ver á un lado la hilera de los tilos mojados de lluvia y de color violeta y el pequeño sendero húmedo del jardín iluminado por los rayos del sol oblicuos y claros; y escuchar plácidamente en el jardín los cánticos festivos de los pájaros, percibir á través del espacio los insectos que revolotean, transparentes á la luz, respirar el perfume del aire después de la lluvia, y pensar: «Cómo no darne vergüenza de haber dormido en semejante tarde?» Y al mismo tiempo, correr al jardín gozando de la vida. Si esto habéis sentido, conocéis el vivo sentimiento que yo experimenté en aquel entonces.



III

Más sueños

HOY me confieso, me purifico de todos mis pecados—pensaba,—no haré ningún otro jamás...» En este momento me acordé de todos los pecados que más me atormentaban. «Cada domingo, sin excepción, iré á la iglesia, y después, durante una hora entera, leeré los evangelios; y enseguida, del dinero que reciba cada mes, cuando esté en la Universidad, daré dos rublos y medio, una décima, á los pobres, mas de manera que nadie lo sepa; nada daré á los mendigantes, pero buscaré á los huérfanos y ancianos de quienes nadie se preocupa.

»Tendré mi cuarto aparte—el de Saint-Jerôme probablemente,—y me lo arreglaré yo mismo, y lo tendré lo más limpio posible; del criado no exigiré para mí ningún trabajo, ya que es un hombre como yo. Después iré cada día á la Universidad á pie—si me dan un coche lo venderé y el dinero será para los pobres. Lo haré todo puntualmente.—Lo que era este «todo», en aquella época yo no podía definirlo, mas lo comprendía vivamente y sentía este «todo» de la vida intelectual, moral, irreprochable.—Redactaré mis cursos, y al mismo tiempo estudiaré á la avanzada las lecciones, tan bien que el primer año seré ya el primero y escribiré mi tesis. En el segundo año, lo sabré todo y podré pasar directamente al tercero, tanto, que á diez y ocho años saldré de la Uni-

versidad licenciado con el número uno y dos medallas de oro; seguidamente pasaré el examen de grados, pronto el de doctor, y seré entonces el primer sabio de la Rusia... También en Europa, podré ser el primer sabio... Ahora bien! Y después?» me preguntaba yo; pero al llegar aquí advertía que estos sueños estaban repletos de orgullo,—un pecado que debía declarar aquella misma tarde al confesor, y volví á mis primeras reflexiones. «Para preparar mis cursos me iré á pie á la montaña de los Pájaros; allí,



escogeré un bonito paraje debajo de un árbol, y estudiaré. Muchas veces me traeré algo para comer, queso ó dulces de casa Pedotti ú otra cosa. Descansaré y enseguida leeré un buen libro ó dibujaré los paisajes de los alrededores, ó tocaré un instrumento cualquiera—decididamente aprenderé la flauta.—Después *ella* vendrá también á pasear por la montaña, y un día se me aproxi-

mará triste y me preguntará quien soy. Yo la miraré también tristemente, y le diré que soy el hijo de un sacerdote y que en ningún sitio me siento tan feliz como aquí, solo, del todo solo. Ella me alargará la mano, me dirá... no sé qué y se sentará cerca de mí. Y nos iremos allí cada día, seremos amigos, la abrazaré... No, esto no está bien. Al contrario, desde hoy, no miraré mas á las mujeres, no iré jamás, jamás, al cuarto de las criadas, procuraré no pasar siquiera por delante; pero al cabo de tres años saldré de tutelas, y me casaré, esto hace falta absolutamente. Haré los ejercicios que pueda, diariamente gimnasia, tan bien que á los veinte años seré más fuerte que Rappo. El primer día, aguantaré medio *pud* con el brazo tendido y durante cinco minutos; al día siguiente veintiuna libras, al tercer día veintidos, y así siguiendo hasta que lleve cuatro *puds* en cada mano; seré más fuerte que los criados, y si por fanfarria pretendiera alguno ofenderme ó hablar mal de *ella*, lo cogeré así, simplemente por el pecho, con una mano, lo levantaré del suelo y lo sostendré un rato para que sepa solamente mi fuerza, después lo dejaré; mas no, esto no está bien... Entonces, no le haré daño, le probaré solamente quien soy...»

No se me reproche que los sueños de mi juventud son tan pueriles ó más que los de la infancia y de la adolescencia. Estoy convencido de que si me está reservada la longevidad, si llego á viejo de setenta años, mis sueños serán también entonces tan infantiles como ahora. Soñaré con alguna hermosa María, que me querrá, viejo desdentado, como *ella* amó á Mazeppa. Soñaré que alguno de mis hijos, débil de espíritu, por alguna casualidad será de pronto ministro, ó que de pronto ganaré gran suma de millones. Estoy convencido de que ningún ente humano, cualquiera que sea su edad, está privado de este poder bienhechor y consolador del ensueño. Mas, salvo el rasgo general de imposibilidad y de magia, los sueños de cada hombre y de cada edad tienen sus caracteres diferentes. En este periodo que tomo por límite de la adolescencia y de la juventud, cuatro sentimientos hacían el fondo de mis sueños: el amor de *ella*, de la mujer ideal, que yo soñaba siempre de la misma manera y que á cada instante esperaba encontrar en alguna parte. *Ella* tenía un poco de Sonitchka, un poco de Macha, la mujer de Vasili, en el momento de lavar la ropa en la cubeta, y un poco de una mujer con un collar de perlas que le rodeaba el cuello y que había visto en el teatro, hacía mucho tiempo, en un palco vecino del nuestro. El segundo sentimiento, era el amor del amor. Yo querfa que todos me conociesen y me amasen. Quería que al pronunciar mi nombre: Nicolás Irteniev,

todos sin ser llamados, rodeándome, me dieran gracias por alguna cosa. El tercer sentimiento, era la esperanza de un bienestar extraordinario, y era en mí tan fuerte esta esperanza, tan tenaz que se aproximaba algunas veces á la locura. Estaba tan convencido de que antes de poco, gracias á algún azar extraordinario, sería el hombre más rico y más célebre del mundo entero, que me sorprendía sin cesar la esperanza perturbadora de algún suceso mágico. Me parecía siempre que *eso* iba á empezar, y que iba á tener todo lo que puede desear un hombre en todas partes y siempre... El cuarto sentimiento, y el principal, era la fealdad de mí mismo y el pesar... Mas el pesar se confundía de tal modo con la esperanza del bienestar, que no tenía nada de triste. Me parecía tan fácil, tan natural separarme de todo lo pasado, transformándome, olvidar todo lo que fué y empezar mi vida con relaciones nuevas por completo, que el pasado no me atraía... Encontraba hasta placer en lo feo del pasado y trataba de verlo más sombrío de lo que era. Pero si la masa de recuerdos del pasado era negra, el presente se destacaba puro y claro, y más vivos resultaban los colores del arco iris del porvenir. Esta voz del sentimiento y del deseo pasional de la perfección, fué la principal sensación nueva en esta época de mi desarrollo moral y sirvió de base á mi opinión sobre mí mismo, sobre los demás y sobre el universo. Voz bendita, consoladora, que tantas veces, en los momentos tristes en que el alma se somete en silencio al poder del mentir y de la depravación de la vida, se subleva espontánea y audazmente contra toda injusticia, que denuncia el pasado, que señala, haciéndolo amar, el punto luminoso del presente, y marca para el porvenir el bien y la dicha... Voz tierna y consoladora, cesarás algún día de llamarme?



IV

Nuestra vida de familia

DURANTE esa primavera papá estuvo raras veces en casa. Mas cuando venía estaba muy contento, ensayaba en el piano sus aires favoritos, mirábalo todo con sus pequeños y tiernos ojos é inventaba sobre nosotros y sobre Mimi toda clase de chistes, como este: «El príncipe heredero de los Gruzines ha encontrado á Mimi en el paseo y se ha enamorado de tal suerte que acaba de presentar su requerimiento al Sínodo con el propósito de obtener el divorcio»; ó bien: «Me nombran agregado á la embajada de Viena»; y nos decía todo esto con el acento más grave; asustaba á Katenka con las arañas, á las que tenía un miedo horrible; y estaba muy amable con nuestros amigos Dubkov y Nekhludov, y sin cansarse nos explicaba á nosotros y á las visitas sus proyectos para el año próximo.

Bien que sus planes cambiaban casi cada día y que estuvieran siempre en contradicción, estaba tan interesante que le escuchábamos atentamente y Lubotchka, sin mover los párpados, miraba, boquiabierta, los labios de papá, por no perder una sola de sus palabras. Tan pronto su plan era dejarnos en Moscova en la Universidad, y partir él con Lubotchka á Italia por dos años; tan pronto comprar una propiedad al sud de Crimea é irse allí á pasar el verano; tan pronto ir á vivir en San Petersburgo con

toda la familia, etc. Mas su alegría extraordinaria, en estos últimos tiempos, operó en papá un cambio tal, que me alarmó mucho. Se hizo vestir á la moda. Traje aceituna, el pantalón tirado, y una



larga levita que le sentaba muy bien; amenudo empleaba buenos perfumes cuando iba de visita y sobre todo á casa de una señora de la cual Mimi no hablaba jamás sin un suspiro y sin una expresión de tristeza que significaba: «Pobres huérfanos! La desdichada pasión! Afortunadamente, *ella* no está aquí, etc.» Sabía por Nikolai, ya que papá no nos hablaba nunca de sus negocios de juego, que había estado de suerte este invierno, que había ganado mucho, mucho, pues depositó su dinero en el Banco Lombardo, y que en la primavera ya no quería jugar; era sin duda por miedo de no poderse contener que deseaba irse lo más pronto posible al campo. Al mismo tiempo decidió, sin esperar mi entrada en la Universi-

dad, irse á Petrovskoie con las niñas tan pronto llegara Pascua; yo y Volodia ya iríamos á juntarnos con ellos.

Volodia durante todo el invierno, lo mismo que en la primavera, fué el inseparable de Dubkov—con Dmitri empezó á estar un poco frío.—Los principales placeres, como pude juzgar por las conversaciones que tenían, consistían en beber sin cesar *champagne*, pasear en trineo por debajo de las ventanas de una señorita de la cual, por lo que me parecía, estaban enamorados los dos, y en danzar con ella no un vals de niños, sino un verdadero vals. Esta última circunstancia, á pesar de la afección que Volodia y yo sentíamos el uno por el otro, nos separó bastante. Sentíamos la diferencia que va de un niño para quien hacen venir aun profesores y el

hombre que baila con señoritas, para no confiarnos el uno al otro nuestros pensamientos.

Katenka estaba ya del todo crecida, leía muchas novelas y la idea de que podría pronto casarse no me parecía lisonjera, mas aunque Volodia era ya hombre, tampoco se entendían y hasta me parecía que se desdeñaban recíprocamente. En general, cuando Katenka estaba sola en casa, no le interesaban más que las novelas, y amenudo se enojaba; pero cuando llegaban forasteros, cambiábase diligente y muy amable daba una expresión tal á su mirada que yo no podía de ningún modo comprender lo que quería expresar con ella. Pero más tarde, cuando me dijo ella misma que la sola coquetería que se permite á las jóvenes es la *expresión* de los ojos, me pude explicar estas muecas extrañas y poco naturales, que me parecía no extrañaban nada á los demás. Lubotchka empezó á vestir de largo, de suerte que sus pies casi no se veían, mas seguía estando siempre llorona. Mientras tanto esperaba casarse con un *húsar*, un cantor ó músico, y con este intento se ocupaba seriamente de música.

Saint-Jerôme, que supo que no estaría en casa sino hasta acabar yo los exámenes, había encontrado una colocación en casa de un conde y desde entonces nos miró á todos con desdén. Estaba raramente

en casa, dedicándose á fumar cigarrillos, que es naturalmente el colmo de la elegancia, y con una tarjeta puesta junto á los labios silbaba sin cesar sus arias picarescas. Mimi, de día en día estaba más melancólica, habríase dicho que á partir de la época en que empezamos á ser mayores, de las personas y de las cosas ella no esperaba nada bueno. Cuando iba á comer, encontraba solamente en el comedor á Mimi, Katenka, Lubotchka y Saint-Jerôme; papá no estaba en casa y Volodia, que preparaba sus exámenes

en su cuarto con sus camaradas, pidió que le dejaran comer solo. En general, durante los últimos tiempos, Mimi ocupaba en la mesa el sitio de preferencia, ninguno entre nosotros le teníamos respeto y durante las comidas perdía á veces la calma. Ya no sucedía, como en tiempos de mamá ó de abuela, que una serie de



ceremonias nos reunían en hora fija á toda la familia y distribuíamos el día en dos jornadas. No nos permitíamos retrasarnos, y al llegar al segundo plato, bebíamos el vino en los grandes vasos... el mismo Saint-Jerôme nos daba el ejemplo de revolvernos en las sillas, de levantarnos antes de acabar de comer y de tomarnos otras licencias del mismo género. De este modo la comida dejó de ser como antes una cotidiana y gozosa solemnidad de familia. Era otra cosa en Petrovskoie, cuando á las dos todos arreglados para comer, nos sentábamos en el salón y divididos alegremente aguardábamos aquella hora solemne. Tan pronto el péndulo del salón se movía para dar las dos, con la servilleta al brazo, la mirada digna y un poco severa, á paso lento, entraba Foka: «La comida está al punto!» pronunciaba gravemente y en voz alta, y todos, con la cara alegre y satisfecha, los mayores delante, los pequeños detrás, al ruido de las enaguas almidonadas, al crujido de las botas y zapatos, hablando á media voz, nos sentábamos cada cual en el puesto que le correspondía. También era muy otra cosa en Moscova; todos, hablando en voz baja, de pie delante la mesa, nos reuníamos en el comedor esperando á la abuela á quien Gavriilo le anunciaba que la mesa estaba puesta; de pronto la puerta



y con una asiduidad impaciente y alegre, frótase las manos sobre la mesa, mirando la sopera humeante, que el cocinero llena siguiendo el orden de dignidad, de la edad y de las atenciones de la abuela.

se abría y se oía el rozar de las ropas de pliegues acanalados, y la abuela, con su gorro de cintas, de un violado particular, ligeramente ladeado, con una sonrisa, ó con miradas oblicuas, severas, — según el estado de su salud, — penetraba en el comedor. Gavriilo, se precipita sobre su sillón y se oye un ruido de sillas, y mientras que se oye en la mesa un rumor, anunciando el apetito, toma su servilleta rayada, aun húmeda, y come un pedazo de pan,

La habladuría de Mimi, de Saint-Jerôme, la charla de las niñas sobre las horrorosas botas del profesor de lengua rusa, sobre los vestidos con faldas de las princesas Kornakov, era habladuría que me inspiró, sobre todo hacia Lubotchka y Katenka, un franco menosprecio que no supe disimular, ni me distrajo de mi nuevo y virtuoso estado de espíritu. Estaba extraordinariamente afable, y sonriendo les escuchaba con un aire particularmente amable; les pedí respetuosamente que me pasaran el *krass*, el cual cedí á Saint-Jerôme, que me corrigió una frase pronunciada durante la comida.

Sin embargo, he de declarar que me era un poco desagradable, que nadie prestase atención especial á mi dulzura y á mi virtud. Después de comer, Lubotchka me enseñó un papel en donde estaban escritos todos sus pecados; encontré que esto estaba bien, mas que estaría mejor el inscribir todos sus pecados dentro de su alma y que «esto no era esto».

—Por qué no es esto?—preguntó Lubotchka.

—Sí, ya está bien así; mas tú no me comprendes.—Y subí á mi cuarto, diciendo á Saint-Jerôme que quería trabajar un poco, mas en realidad con el propósito de escribir para mí mismo y por toda mi vida, ya que antes de la confesión me quedaba una hora y media, el orden de mis deberes y de mis ocupaciones, expresando sobre el papel el fin de mi vida y las reglas que debía seguir sin separarme de ellas jamás.